

El presente texto que se edita por vez primera posee relevancia; nuestras glosas han sugerido algunos de los motivos de esa ejemplaridad. Los editores Fernando Cabo y Santiago Fernández han cumplido bien su tarea; a ellos y a Francisco Rico en cuanto responsable de la publicación material de tal texto hay que estar agradecidos. No es retórica manifestarlo, pues estamos ante un libro cuya consideración enriquece el conocimiento del patrimonio español tanto en sus logros como en sus profundas sombras, a veces.

**Francisco Abad**

## Imágenes y sentido

**E**l último libro\* de José Jiménez, catedrático de estética en la Universidad Autónoma de Madrid, supone un paso más en una trayectoria investigadora caracterizada por el rigor y la coherencia. Frecuente en sus anteriores trabajos ha sido el esfuerzo por analizar el pensamiento exterior al logos meramente lingüístico que ha constituido, hasta aprisionarlo, el discurso filosófico. De ahí su interés por el «pensamiento en imágenes». Ya en uno de sus primeros textos, *El ángel caído*, analizaba

el devenir de esa figura en la cultura contemporánea. Posteriormente, en *Imágenes del hombre. Fundamentos de estética*, ofrecía un innovador planteamiento en el que el objeto de esta disciplina quedaba firmemente entroncado en las prácticas artísticas, las ciencias humanas y las ciencias sociales. Las imágenes constituyen precipitados simbólicos en los que individuos y colectividades tienden a fijar, con mayor o menor consciencia, su comprensión del mundo, sus expectativas, su ser. Seguir su evolución supone, pues, rastrear los nudos de sentido a través de los que el universo es pensado en la complementación de lo sensible y lo racional. Con este planteamiento metodológico, en el que se tienen siempre presentes las condiciones materiales de los contextos socioantropológicos estudiados, no resulta arbitraria sino enriquecedoramente fundada la imbricación en los escritos de Jiménez de referencias filosóficas, literarias y plásticas. Por otra parte un hilo invisible teje su discurso: se trata de la mutua resonancia entre cuerpo del sujeto, cuerpo social y cuerpo cósmico. Es, a mi entender, esta interrelación la que inhala sus libros de un peculiar aliento, del estilo que le caracteriza, más allá de su justificación teórica. Es probablemente el recorrido de ese hilo lo que puede hacer surgir en el lector, independientemente de la aquiescencia que pueda suscitar la argumentación, la proximidad anímica al trayecto seguido. Sin trampas. Porque si hay algo ajeno al razonamiento y al actuar de Jiménez son las concesiones a modas o fetiches lingüísticos. Nada, pues, de engatusamientos. Proximidad y distancia, un rigor carnal.

La forma en que Jiménez ha abordado el tema de estudio elegido en esta ocasión, la imagen de la metamorfosis, ha sido particularmente ambiciosa. Al recorrer muchos de sus hitos no asistimos a un catálogo o muestreo de sus formulaciones en Occidente, sino que se aprovecha para plantear y tomar posición ante problemas filosóficos fundamentales. La temporalidad como dimensión ontológica de la existencia permite replantear las relaciones entre ser y devenir. La complementación de lo sensible y lo racional a la que ya aludimos se entronca con el planteamiento de la identidad personal. El lenguaje

\* José Jiménez. *Cuerpo y tiempo. La imagen de la metamorfosis*. Barcelona. Destino, 1993.

y la corporalidad se constituyen como ámbitos privilegiados para analizar las tensiones entre lo conceptual y lo material. El libro está surcado, además, por un doble desasosiego. En primer lugar, el derivado de los enigmas existenciales —¿quién soy, quiénes fuimos, quiénes somos?— que las metamorfosis plantean. En segundo lugar, el escalofrío ante la posibilidad de que esa primera incertidumbre desaparezca en un mundo abocado al vacío de la instantaneidad. A un mundo que colectivamente deja de preguntarse por los sentidos de la vida. Que se abisma en la superficialidad de ignorar la muerte. Que, ilusoriamente detenida en un aquí y ahora favorecido por la cultura de masas, propende al crimen de matar el tiempo y se arriesga a no regenerarse. Pues la vida se ahonda y densifica en la aceptación del tiempo, la muerte y la regeneración.

El análisis de la imagen de la metamorfosis penetra tanto en los cambios producidos en ella como en los planteamientos ontoantropológicos subyacentes. No se hace, sin embargo, un recorrido lineal sino más bien cíclico. En buena parte porque el impulso que guía a Jiménez proviene de la dialéctica heraclíteica. Permanencia en el cambio. También la imagen de la metamorfosis ha permanecido pese a experimentar acusadas variaciones. Entre otras, las que a partir del surgimiento de la filosofía, con el oscuro de Efeso como figura destacada, tendieron a minusvalorar las imágenes sustituyéndolas por conceptos. A este respecto, cabe también decir que Jiménez aboga por un reequilibrio de lo figurativo y lo conceptual. Precisamente la importancia de las diversas imágenes de la metamorfosis se hace patente si se tiene en cuenta que a través de ellas, y en todas las culturas, se producen transformaciones simbólicas «que permiten fijar y transmitir los sentidos de la vida y la muerte». En ello consiste la relevancia de lo metamórfico y el interés de su estudio. Pues internarse en el saber enigmático que toda metamorfosis entraña supone adentrarse en las variadas formas en las que han sido tratados núcleos permanentes tales como el tiempo, el cuerpo, o el lenguaje. Son, de hecho, dos operaciones lingüísticas, la metáfora y la traducción, la clave de la universalidad cultural de la metamorfosis. El devenir del lenguaje como sustrato del devenir humano. Y es una tensión, la existente entre concebir el tiempo como eternidad o como devenir, la que constituye el enigma que abre cami-

no a la metamorfosis como imagen. ¿Cómo es posible la permanencia junto al continuo fluir? Si todo cambia, ¿cómo es que no nos desvanecemos en el puro caos? Teniendo en cuenta observaciones de García Calvo, Jiménez encuentra como elemento ordenador el ritmo, pues éste se da tanto en el universo, como en el lenguaje, como en el cuerpo.

*Cuerpo y tiempo* es también un análisis de los cambios en las imágenes de la metamorfosis como exponente de las transformaciones en los sentidos y valoraciones que distintas culturas occidentales, desde las arcaicas hasta las contemporáneas, han dado a sus vidas. Particular énfasis cobran las caracterizaciones que las metamorfosis nos muestran en relación a la identidad humana. Pues del ser humano, en permanente proceso de desarrollo, no se puede decir que sea, sino que deviene, que se transforma y metamorfosea aun cuando cada cultura dicte los esquemas básicos para tales transformaciones. Así, la *imagen arcaica de la metamorfosis* alude a un proceso que conecta la vida y la muerte pero donde ésta no es un punto final sino estación necesaria para la regeneración. Como la que se da en los ciclos estacionales reforzados desde rituales que vinculaban dioses, naturaleza y hombres. La identidad de éstos no pretendía ser fija sino que aceptaba su inserción dentro de la fluidez de un universo concebido dualmente. La metamorfosis suponía la relación cambio/permanencia presente incluso en la división entre la permanencia propia del tiempo divino y el tiempo cambiante que afectaba a las cosas vivientes. Hierofanías, sueños o adivinaciones permitían comprender el mundo metamórfico y dual. Pero también una inteligencia sinuosa, metamórfica, que se adentrara en las variedades de la dualidad humana y alumbrara aspectos desapercibidos a la mirada superficial: la androginia, la proximidad con lo animal, o la yuxtaposición de lo espiritual y lo bestial. El fluir entre los contrarios revela sin embargo una unidad profunda pues todo es fugaz pero repetitivo tal como sucede en los ciclos vitales.

Con la paulatina aparición del logos filosófico la metamorfosis sufre un ataque frontal. El orden de lo sensible es sustituido por un orden discursivo y aritmético que tiende a considerar el devenir, y por tanto los cambios de forma, como no-ser; apariencia, vacío frente a un mundo unitario, eterno, e inmóvil. El tiempo deja de

ser concebido dualmente. La ruptura de la continuidad dioses/hombres/naturaleza permite que Ovidio conciba al tiempo que se sucede, frente al eterno, como devorador, lineal e irrepitable. Se desconfía crecientemente de todo lo que cambia: la materialidad de la vida, el cuerpo, el lenguaje. La creciente importancia de lo individual reduce las metamorfosis a los cambios que la pasión produce en los hombres.

La identidad individual parece consolidarse. Pensar que el ser humano no se regenera en el tiempo sino que es desgarrado por éste cimienta la certeza en un yo sustantivo en el que se escinden lo espiritual y lo corpóreo. Descartes, Swift, o Goethe encuentran en el pensamiento, en el yo o en el arquetipo, anclas donde intentar oponerse al desenarbolamiento del sujeto por el paso del tiempo, las pasiones, o el sueño. Un yo pensante que se irá, sin embargo, resquebrajando posteriormente hasta desmoronarse como una muralla de cartón. El yo moderno será un yo disociado que tenderá a refugiarse en el sueño frente a una cotidianeidad agobiante. Poco a poco, se comprenderá que el pensamiento no es «patrimonio exclusivo del yo», y que «los límites del hombre no coinciden con los límites del yo». De ahí, que se abra la puerta a lo que Jiménez llama la *función germinativa* de la metamorfosis. A dejar tomar cuerpo en el lenguaje a aquello que habla en nuestro interior: vida onírica, mímica, imágenes que se ofrecen a las artes.

En ese germinar reside la esperanza frente al hundimiento del yo en el vacío audiovisual de las culturas de masas. Hegel ligaba la culpa con la acción, ya que ésta nos entrega al devenir. Jiménez, por el contrario, confía en una actividad no culpable: la creativa. Es decir, aquella que partiendo de lo existente visualiza lo posible. Que hace ligera la vida aceptando el curso cíclico de la metamorfosis y con ello que todo perece, y que todas las formas se modifican. Que ve en la metáfora, y en la creación de imágenes, la posibilidad de crear sentidos flexibles.

**Rafael García Alonso**

## Las folclóricas y el cine\*

A lo largo de los últimos años viene observándose un aumento del interés tanto por parte del público como por parte de la crítica por rescatar partes extensas de la historia del cine español que, a pesar de la popularidad de que gozaron en su momento, habían caído en un desprestigio notable e incluso tenidas por productos de ínfima calidad estética, más motivo de vergüenza para nuestro cine que motivo de orgullo. El reaprecio que ahora se observa no cae en la ingenua adoración ni en la aceptación acrítica de otras épocas, pero, probablemente porque ya están superados ciertos complejos de inferioridad que acompañaron a los españoles durante los cuarenta años de aislacionismo que impuso la existencia de un régimen no democrático, tampoco se dejan de valorar aquellos méritos y cualidades que sin duda estuvieron presentes en determinadas producciones de nuestro cine comercial. Parece que, por fin, ha llegado la hora de ver las cosas desde un prisma más objetivo, más científico y también más comprensivo. Buena muestra de ello es que el Festival de Cine Iberoamericano, dirigido por José Luis Ruiz y celebrado en la capital de las tres carabelas, haya dedicado, en su decimoséptima edición, sendos monográficos dedicados al actor Alfredo Landa y al cine de las folclóricas. Si la mayor parte de la obra cinematográfica protagonizada por Alfredo Landa ha re-

\* Daniel Pineda Novo: Las folclóricas y el cine, Huelva, Festival de Cine Iberoamericano y Productora Andaluza de Programas, 1993, 261 páginas.